Valor geográfico de España

Conferencia pronunciada en el Instituto de Córdoba, el día 23 de Diciembre de 1922.

«Amigos y paisanos: Es hoy la vez primera que hablo en Córdoba, y vengo a hacerlo en esta casa y en estas aulas, que traen a mi memoria el recuerdo de los que aquí han sido mis maestros. De ellos sólo queda el señor Vázquez Aroca; los demás han desaparecido de la casa y aún de la vida. Sean mis primeras palabras un testimonio de gratitud para los que en estas aulas me iniciaron en el saber y despertaron en mi la afición al estudio.

Me propongo hablar un rato acerca del *valor geográfico de España,* corroborando mis afirmaciones con hechos históricos, que sirven de comprobante. El tema no es nuevo; pero sí de interés para llamar la atención sobre él una vez más.

Efecto de una larga tradición, es costumbre considerar la Tierra dividida en continentes: masas sólidas rodeadas de agua. Se habla de Europa, Asia, Africa, América, etc. Con arreglo a este criterio, España forma parte del continente europeo.

Es una idea a rectificar. La vida humana, y por consiguiente la historia, no se desenvuelve de esta manera. España se relaciona intensamente con Italia, Francia é Inglaterra; algo menos con los Países Bajos, Alemania, Austria y Zuiza; la relación se va debilitando en proporción a la distancia, para ser casi nula con Rusia, cuyo país supone para España mucho menos que Berbería, el Oriente Mediterráneo y América, partes de otros continentes. Lo mismo puede decirse de otros puntos de la Tierra: Berbería se relaciona mucho más con Europa que con Africa del Sur; y el Asia Menor y la Siberia Oriental son, en realidad, dos mundos distintos. Es que la vida humana supone relación, y ésta se establece cuando no la dificultan los accidentes geográficos. Para su existencia es necesario que la comunicación sea facil, y los mejores medios para ella son las llanuras, los ríos y, sobre todo, los mares, que permiten el contacto directo a todos los pueblos fijados en sus orillas.

Hay un mar que reune para este fin condiciones inmejorables: el Mediterráneo, el mar más importante de la historia y la cultura humana. A

consecuencia de su configuración, con muchas islas y penínsulas, presenta una costa muy dilatada, permitiendo que sean muchos los pueblos establecidos en sus orillas; además se encuentra en la zona templada y con comarcas ribereñas o cercanas muy fértiles. Por todas estas causas, desde muy antiguo ha sido muy intensa la comunicación entre todos sus pueblos ribereños, y ha ejercido una fascinación sobre los situados más lejos, deseosos de aproximarse a sus costas: los alemanes suelen decir que tienen dos patrias, la de nacimiento y la de adopción en una de las tres penínsulas España, Italia y Grecia. Por este motivo, a las orillas del mar Mediterráneo se ha ido formando un tipo étnico, vario, pero de fondo común, denominado «estirpe mediterránea» por el gran antropólogo Sergí.

Lo sucedido con el hombre ha sucedido con la cultura. Las más antiguas y rancias culturas, las ideas que más han pesado en el porvenir humano, han nacido o vivido en sus proximidades o han adquirido fuerza cuando se han aproximado a sus orillas: Egipto, Grecia, Roma; judaismo, cristianismo, mahometismo. Se puede también hablar de una cultura mediterránea, muy varia, pero de fondo común, la más robusta, la más secular, y en cierto modo la única cultura, pues la de los demás pueblos no es comparable con ella; y la mediterránea se ha ido extendiendo hasta el N. de Europa, América y resto del mundo, para tener en la del siglo XX su más reciente y más espléndida floración.

España pertenece a este mundo Mediterráneo, en una situación especial, sirviendo de cierre hacia Poniente; y como los movimientos étnicos y culturales del Mediterráneo se han ido produciendo normalmente de E. a O., como el curso del Sol, todos han tenido en España su última etapa.

Etnicamente a España han alcanzado todos los movimientos importantes, sean por el N., por el S., o a través de sus aguas: celtas y germanos; cartagineses y musulmanes; fenicios, griegos, romanos.

El resultado es la existencia en España de una gran variedad de tipos, desde los nórdicos a los más meridionales, lo cual supone una mayor riqueza de capacidades y de aptitudes: variedad que no es un inconveniente, sino una ventaja, al modo como es más rico económicamente el país que posea mayor variedad de productos.

Otro resultado es haberse producido frecuentemente en España la mezcla de tipos étnicos, hecho de gran valor, pues suele considerarse como pueblos más aptos a los más mezclados. En España hay tres zonas donde ésta mezcla se ha dado con más frecuencia. Las mesetas, donde se han sumado los elementos del S. con los celtas y los germanos y cuyo producto es el pueblo castellano, el que más se ha esforzado defendiendo la península contra romanos y musulmanes y procurando la unidad peninsular.

El Vallés y comarcas inmediatas en Cataluña, donde se ha producido una mezcla semejante y en cuya zona se encuentran las poblaciones de más empuje industrial y comercial de España. Andalucía, la más abierta a todas las invasiones y la de más riqueza de aptitudes, que lo mismo produce pensadores como Séneca, Maimonides y Averroes, que artistas como Valdés Leal y Murillo, guerreros como el Gran Capitán, o santos; historiadores o literatos, como Herrera, Góngora y el mismo Cervantes, de origen andaluz.

Lo mismo sucede en el orden cultural. No hay manifestación importante de la cultura mediterránea que no alcance a la península; pero España no se limita a recibirlas: las mejora o por lo menos les imprime el sello de sus peculiares características.

Así ha acaecido desde los tiempos más remotos: en el paleolítico, el arte cuaternario español no tiene nada que lo supere; en el periodo prerromano, las influencias orientales producen un arte ibérico superior a todos los del Occidente de Europa; la cultura romana la asimila, devolviéndola enseguida con los Sénecas, Lucano, Quintiliano, Marcial, los mejores del síglo I del Imperio, e introductores en Roma de modalidades hispanas; el cristianismo da un Osio; lo musulmán produce un arte hispano con características propias; el renacimiento determina al plateresco español; y la reacción contra las formas secas de lo clásico, el barroco en el arte y Góngora en la literatura.

Además, España ha realizado la labor de fundente de culturas. Lo demuestran dos hechos, entre otros: la escuela de traductores de Toledo, en la que se reunían judíos y musulmanes, conocedores del saber oriental, con escritores de España y el resto de Europa; y el arte mudéjar o morisco, propio de España y suma del arte cristiano del N. con el musulmán del S.

Hay un momento en que cesa la aportación étnica y se debilita lo cultural. Entonces España reobra sobre sí misma y fundiendo todos los elementos aportados, produce una cultura peculiar, propia, la espléndida cultura del XVI y XVII, con figuras de primera línea, universales: son los siglos de Velázquez, de Cervantes, de Santa Teresa; un momento en que parece terminarse el siclo cultural del Mediterráneo, iniciado por Grecia, continuado por Roma y cerrado por España: Roma, unificadora de la cultura mediterránea; Grecia, su propagadora hacia Levante, y España, que lo hace hacia Poniente. Florecimiento cultural español que coincide con su poderío político, cuando los dominios españoles se extendían por todo el mundo, formando el imperio más grande conocido, y que fué grande, no por su extensión, pues todos los imperios desaparecen, sino por haber realizado la obra eterna e indestructible de la propagación a mundos nuevos de la cultura del Mediterráneo.

Otro aspecto es la situación de España con relación al Atlántico. Por ser la parte de Europa más avanzada hacia el Atlántico, España estaba llamada geográficamente a ser el punto de partida de los exploradores de este mar. Era conocido, desde los más remotos tiempos, por los marinos del S. O. español, que continuaron recorriéndolo durante la Edad Media; desde la península arrancan los navegantes portugueses: Cano, Díaz, Vasco de Gama; en la península se da acogida a Colón, que emprende su viaje con marinos del S. O., los Pinzones; y desde España salen los Balboa, Magallanes, Cortés, Pizarro y todos los descubridores y exploradores de los nuevos mares y las nuevas tierras.

España no sólo hizo el descubrimiento, sino que colonizó el mundo americano, en el sentido romano de la palabra colonizar, llevando elemento étnico y con él todas las manifestaciones culturales propias, no en el moderno de estimar una colonia como lugar de explotación étnica y económica. Colonizando América, la ha englobado en la cultura americana, contribuyendo a crear una cultura nueva, la atlántica, que se inicia, y está llamada a ser la del porvenir, la heredera de la mediterránea: la cultura seguirá caminando hacia Poniente, como el Sol.

Esta obra no es exclusiva de España; la comparte con Inglaterra, que ha actuado de modo parecido en el Norte de América. Por este motivo la cultura atlántica está dividida en dos zonas: la del Norte, inglesa, la del Centro y Mediodía, española, entendiendo como tal la parte portuguesa, pues Portugal es parte de la península ibérica.

Pero la zona hispana no es coto hispano. Comprende desde Méjico hasta el Sur, en América, y la Península española.

En el N. O. africano posee unas plazas y las islas; pero Marruecos no es español. Debiera serlo, por su fondo étnico, común con el español, y por la gran cantidad de elementos peninsulares que han salido de España en diferentes épocas: los cordobeses expulsados durante el emirato, residentes en Fez; los mozárabes, trasladados en el siglo XII; los vencidos de Granada; los moriscos, eliminados en el XVII; y los numerosísimos idos a Africa, como cautivos o como emigrados. Un Marruecos, con personalidad propia, pero perteneciente al mundo hispano, sería el eslabón que uniese España con América del Sur, y permitiría realizar el ideal de ir por tierras y mares hispanos desde el Pirineo a la Tierra del Fuego.

Aun con esta reducción, España posee una situación privilegiada en la zona atlántica hispano-americana: ser el punto de cruce de las grandes vías naturales que unen el mundo mediterráneo y el atlántico. Por tierra, la comunicación de Europa con Hispano-América, tiene que hacerse por España, siguiendo el futuro ferrocarril a Dakar, para buscar en el Brasil el punto más avanzado; las próximas comunicaciones aéreas buscan en España su punto de partida; las vías marítimas en demanda de igual zona, tienen escala forzosa en los puertos peninsulares.

Esta posición coloca a España, con relación al mundo mediterráneo y atlántico, en situación similar a la de Francia en el Occidente europeo, y a la que debe, en gran parte, la preponderancia de su idioma y su cultura: es punto céntrico con relación a Inglaterra, Países Bajos, Alemania, Suiza, Italia y España, y ha podido, con facilidad, recoger parcialmente las culturas de estos países, asimilarlas y darlas con matiz francés, como francesas, a todos los pueblos vecinos.

España está llamada a realizar empresa semejante: recoger la cultura europea y, matizada de su propio espíritu, transmitirla al mundo atlántico; y recoger a su vez las manifestaciones culturales de este mundo y comunicarlas a Europa. Pero esta misión cultural, que debe cumplir, puede no realizarla, pues existe la posibilidad de que otros países ocupen el puesto de España. De presente hay ya un peligro de sustitución, manifestado en la pugna de dos palabras, con relación a América, que envuelven dos concepciones distintas: hispanismo y latinismo. Defiende esta última principalmente Francia, que aspira a convertirse en rectora de los espíritus hispano-americanos, cerca de los cuales ningún derecho podría alegar si se habla de pueblos hispanos y sí si se califican de latinos.

Debe también España verificar su eterna obra de fusión, mezclando las dos culturas: mediterránea, hecha hispana, y atlántica. La mediterránea, envejecida, necesita para remozarse de la sabia nueva de los nuevos pueblos; la atlántica, por el contrario, no posee las esencias de la tradición, obra de siglos; necesitan mezclarse y España debe hacerlo. Pero también existe el peligro de que manos extrañas lo realicen, prescindiendo de España y en perjuicio suyo. Empleando un simil andaluz, América es el vino nuevo, España el vino viejo, la solera; la mezcla debe hacerse en España y por españoles; pero manos extrañas pueden recoger los componentes, manipularlos y darlos con etiqueta propia en perjuicio de España.

Posee España geográficamente un valor más universal: ser dueña del estrecho de Gibraltar, uno de los tres pasos esenciales y forzosos en la gran vía comercial que rodea el Mundo, pasando por Panamá, Suez y Gibraltar. De los tres el más importante es el de Gibraltar, punto de enlace del mundo atlántico y el mediterráneo, y de cruce de la gran vía terrestre Europa-Africa-América.

Del Estrecho, España tiene la orilla mejor, la septentrional, en cuyas cercanías están los mejores puertos: Cádiz, Cartagena y el complementario de Mahón; Gibraltar, inglés, estaría dominado militarmente por las tierras inmediatas, fortificadas. En la parte Sur posee Melilla y Ceuta; pero estas plazas no son nada si no se amplian con una zona, que habría de ser, cuando menos, la actual del protectorado de Marruecos, con Tánger incluído. Si el territorio fuera de las dos plazas citadas lo poseyera un poder extraño, nada valdrían ni militar ni económicamente.

Con la llamada zona Norte del protectorado, España posee las dos *aceras* del Estrecho, y tiene en su mano una prenda de gran valor, motivo suficiente para que su amistad sea solicitada y para presentarse ante el Mundo con valores computables. Pero el Estrecho, por ser prenda de gran valor, exige que España, para conservarlo, sea fuerte por si o por sus alianzas. De lo contrario sería un motivo de quebrantos, porque despertaría la codicia de los poderosos, que desearían dominarlo. Un poder extraño establecido en la orilla Sur, además de inutilizar las actuales plazas españolas, aspiraría a poseer la orilla opuesta, procurando el quebrantamiento de España para lograrlo; y si por recelos de los estados poderosos no se permitía la dominación de una sola potencia, el Estrecho sería internacionalizado, y en la práctica territorio que se internacionaliza es territorio de libertad perdida.

Si toda la Península tiene los valores geográficos enumerados, estos valores afectan más especialmente a Andalucía y a las comarcas peninsulares que pueden estimarse su prolongación y complemento.

España, trazando dos líneas por el sistema ibérico y el central, se puede dividir en tres zonas: la cuenca del Ebro, la meseta superior y el Mediodía. Esta zona tiene como núcleo Andalucía, y como complemento la baja Extremadura, la Mancha y Murcia, cuyos habitantes son muy similares a los andaluces. Esta zona es la más afectada por todos los problemas indicados; la más en contacto con el Mediterráneo; la que ha llevado su sello a América, donde lo español se presenta casi siempre con modalidades andaluzas; la más llamada a fundir las dos culturas, mediterránea y atlántica; y lo que más sufriría por cualquier contratiempo en el estrecho.

Como españoles y como andaluces tenemos una situación geográfica privilegiada, que nos proporciona ventajas, pero que nos impone obligaciones. Es deber nuestro cumplir con ellas, defender estos valores geográficos, que defendiéndolos, velamos por Andalucía y velamos por España.

ANTONIO DE LA TORRE.